

TESTIMONIO

EN LA MADRIGUERA

Por ANA MARIA RADAELLI / Fotos ROBERTO RIQUENES y ARCHIVO DE JOSE FERNANDEZ SANTOS

Hombre de confianza del cabecilla Andrés Nazario Sargent, jefe de operaciones navales de la organización contrarrevolucionaria Alpha 66, José Fernández Santos desapareció un día de Miami para reaparecer en La Habana ante un vasto tribunal que escuchó atónito sus declaraciones. ¿Quién es este hombre que burló a la CIA? En todo caso, ningún James Bond. Sólo un combatiente de los Organos de la Seguridad del Estado, fundados hace 25 años; un soldado de primera línea que libró un heroico y difícil combate en el seno del enemigo



José Fernández Santos, oficial del Ministerio del Interior.

Hace rato ya que los destellos del faro del Morro han quedado atrás. Los primeros fulgores del alba comienzan a resquebrajar el azul negro de una noche sin estrellas. Y las luces salvadoras de Cayo Hueso no aparecen por ninguna parte. La embarcación es frágil y los tres contrarrevolucionarios que van a bordo lo saben. Pero no hay pánico. El ansia de llegar a Miami, la tierra prometida, les infunde optimismo.

Tony, el más joven del grupo, sólo piensa en su tío, en la alegría que le dará el verlo llegar. Y, sobre todo, en lo fácil que le resultará la vida en los EE. UU., gracias, justamente, a ese tío. Y sus esperanzas no dejan de estar justificadas. ¿Acaso todo el mundo tiene en la familia a un agente de la CIA, capitán de buque madre?

Cayetano, por su parte, mira el mar sin mirarlo. Sueña ya con montañas de dólares, esos que, según le han dicho, están allí, al alcance de la mano, y él será el que los recoja, y se hará millonario en un abrir y cerrar de ojos y tendrá una mansión con piscina, y dos o tres carros último modelo, y mujeres y...

El Chino, frente al timón, trata de adivinar el rumbo. Sabe pertinentemente que el viaje se está demorando demasiado. Queda poco combustible. Pero no dice nada. El también está metido en sus pensamientos.

—A tantos años de distancia, ¿recuerdas todavía en qué ibas pensando en aquella larguísima noche?

—Es bonita tu pregunta, de verdad es linda... Mira, no es que yo haya sido más disciplinado que nadie, pero todos mis pensamientos estaban fijados en la misión que se me había confiado. Tenía que salir bien. No te olvides de que mi partida "clandestina" para los EE. UU. en calidad de contrarrevolucionario era el fruto de años y años de trabajo, no solamente míos, por supuesto, sino de todos los compañeros que con tanta meticulosidad habían preparado la operación.

Entonces aquella noche iba yo pensando en todo lo que se me había enseñado; repasaba mentalmente todos los detalles, lo que debía decir y hacer al llegar a Miami. Y también, con bastante nostalgia, como es lógico, pensaba en los compañeros que quedaban aquí, en mi familia... Pero sobre todo, te

replito, pensaba en el mundo al que debería enfrentarme, así, de repente, al cabo de unas pocas horas. Pero iba confiado, seguro, ya que mi "fachada" era impecable, gracias al magnífico trabajo de la Seguridad. Y eso me daba una gran tranquilidad a medida que nos aproximábamos a las costas de los Estados Unidos, aunque eso te parezca, quizás, raro o exagerado.

—¿Por qué dices que tu fachada era impecable? Al fin y al cabo, era sólo eso, una "fachada". Tú eras un miembro de los Organos de la Seguridad del Estado...

—Te voy a explicar por qué. Inmediatamente después del 1º de enero de 1959 yo comencé a trabajar con el DIER, el Departamento de Inteligencia del Ejército Rebelde, pues durante la clandestinidad —militaba en las filas del Movimiento 26 de Julio— había trabajado relación con policías y otros elementos de la dictadura batistiana. Por eso precisamente se me dio la instrucción de acercarme a esa gente. Hay un detalle importante para comprender mejor qué pasaba en aquella época. Por una parte, no disponíamos de un aparato de contrainteligencia como el de hoy, todo era un poco espantoso, íbamos aprendiendo sobre la marcha... Y, por otra parte, y esto sí es interesante, como los Estados Unidos habían considerado siempre a Cuba como una cosa de ellos, aquí no había una estación CIA. Cuando se produjo el rompimiento de relaciones, los agentes de la CIA y del FBI que trabajaban en la embajada norteamericana tuvieron que irse. Y de momento no tenían a nadie aquí. Entonces, en esos primeros meses que preceden al envío de agentes de la CIA que venían a infiltrarse por cualquier punto de nuestras costas, los elementos desafortunados comenzaron a conspirar con cualquiera, con el primero que se les acercara. Y yo aproveché ese momento para "colarme" en las incipientes organizaciones contrarrevolucionarias. Me "dieron de baja" en el ejército y me hice "gusano"...

—¿Y tu pasado de combatiente revolucionario en el 26 de Julio y tu posterior ingreso al Ejército Rebelde, no constituían un serio handicap?

—Ni en ese momento ni después. Simplemente con decir que yo había luchado contra Batista para que en mi país hubiera "demo-



cracia" y que de buenas a primeras me salían con que esto era comunismo, bastaba. No fueron pocos los que efectivamente combatieron a Batista pensando que aquí se iba a producir un "cambiao" y nada más, y que después vendría el reparto del botín... Ya ves cómo entonces mi posición era sumamente "comprensible" para ese tipo de gente. Estaba también el hecho de que yo era muy joven. Había ingresado en el Movimiento 26 de Julio en 1957, teniendo 16 años. Y se podía perdonar mi "romanticismo", propio de esa edad...

—Ese cambio de personalidad, de joven rebelde a contrarrevolucionario, debe haber producido, me imagino, conflictos con tu familia, con tus amistades...

—Bueno, con mi padre, no. Militamos juntos en la clandestinidad hasta el 1 de enero del 59, y después siempre supo en lo que yo andaba, primero en el DIER y después en el Departamento de Seguridad del Estado. Claro, qué malos momentos tuvo que pasar por mí... Cuando me fui clandestinamente al Norte y se supo luego cuáles eran mis actividades en Miami, no faltaron, naturalmente, compañeros de él que sinceramente apenados le reprocharan no haberme sabido educar, no haber impedido mi deserción. Y el pobre, tener que aceptar aquello y decir: "Sí, mi hijo es un traidor"... Debí ser realmente duro para él.

En cuanto a mi hijo, traté desde el principio de mantenerlo lo más alejado de mí; pero, bueno, el hecho es que creció con la convicción de que su padre era un traidor. Y eso hasta mi regreso, cuando lo pude abrazar y decirle la verdad.

En lo que respecta a mi familia materna, aunque parezca inaudito, ya que éramos de extracción muy humilde, pues todos se fueron a los EE. UU. cuando triunfó la Revolución. Mi madre y mis tres hermanas.

—Volvamos al año 61. La CIA ya ha infiltrado agentes en Cuba y

proliferan las bandas contrarrevolucionarias. Hay alzados en el Escambray y no pasa un día en que no haya ataques piratas, sabotajes... ¿Qué papel tú juegas en la contrarrevolución?

—Penetrar las organizaciones, al igual que tantos compañeros de la Seguridad. Evitar los sabotajes, preservar la vida de nuestros obreros y campesinos, la vida de nuestros dirigentes. Propiciar la salida del país de algunos "dirigentes" contrarrevolucionarios para ocupar nosotros los puestos que dejaban "vacantes". Yo llegué a ser coordinador provincial del MRR, del FLD y de la ALC, organizaciones que se habían reagrupado a instancias nuestras. Eran ya entonces apenas cuatro pelagatos, pero cuatro pelagatos peligrosos, capaces de hacer desmanes... Y así íbamos escalando posiciones en el seno de la contrarrevolución.

—En aquella etapa, ¿estuviste en algún momento en peligro de que se detectase tu verdadera personalidad?

—No. Se era muy cuidadoso a la hora de operar, es decir, de hacer una redada, de hacer fracasar un sabotaje o una infiltración. Todas las bandas estaban penetradas. Tanto es así, que ya a finales del 65 nuestro trabajo decayó. Ya no quedaban bandidos en el Escambray —una carta fuerte que se había jugado la CIA—, el recuerdo de la derrota de Girón todavía los tenía enfermos y las organizaciones estaban prácticamente desmanteladas. La descomposición de la contrarrevolución interna era total. Bueno, para eso habíamos estado trabajando, ¿no?

—Tu misión, entonces, había terminado. ¿Pensaste en poder volver a vestir tu uniforme verde olivo?

—Como pensarlo, lo pensé. Pero verás. Al no poder contar ya con la contrarrevolución interna, la CIA cambia de táctica. Comienza

Junto a Nazario Sargent, principal cabecilla de la organización contrarrevolucionaria Alpha 66.

En Miami. A su derecha, José Amparo Ortega, agente de la CIA.



una etapa de hostigamiento incesante por parte de *teams* de infiltración rápida que tenían su base en Miami, en donde funcionaba el JM Wave, un centro de la CIA que aglutinaba a lo más granado de la contrarrevolución. El enemigo había buscado amparo en los Estados Unidos. Allí estaba y desde allí nos golpeaba. Había que penetrar en la madriguera.

Fue entonces cuando se decidió que yo me fuera a Miami.

—¿Cómo acogiste la idea? ¿No te parecía una empresa muy difícil?

—Es que yo tenía muchas cosas en mi favor: mi "pasado contrarrevolucionario", el hecho de que en Miami se encontraban varios agentes de la CIA y otros elementos que nosotros habíamos dejado salir del país, que me conocían y que serían mi garantía allá. Estaba también el hecho de tener parte de mi familia en Miami, lo que me permitiría residir en esa ciudad, pues no sé si tú sabes que cuando no tienes a nadie que te reclame, te reubican en cualquier otro estado. Y mi objetivo era Miami, naturalmente. Como ves, eran muchas cosas en mi favor. Y empecé mi entrenamiento. Un largo y riguroso entrenamiento.

—¿Resultó fácil tu salida "ilegal"?

—¡Qué va! Ni te imaginas cuántas veces se frustró... Ahora uno se ríe, pero cuando aquello... Date cuenta de que *tenía* que ser una salida ilegal *real*. No podíamos decirles a los compañeros de Guardafronteras: "Por favor, no tiren, que soy un agente del G2 que me voy al Norte con estos contrarrevolucionarios para infiltrarme en la CIA". No, realmente existía el peligro de que nos descubrieran y que nos tiraran. Y poco faltó para que en una oportunidad nos des-

cubrieran... Ya estábamos a finales del 68 y era difícil "irse" a la Seguridad. Como te decía, tuvimos varios fracasos, hubo que aplazar el viaje y, sobre todo, buscarme nuevos "colegas", porque uno a uno me iban abandonando; figúrate, después de tantos sustos, ya no querían saber nada del asunto...

Ahora bien, el tiempo había ido pasando y la situación ya no era la misma. Fueron tantos los golpes y reveses sufridos en Cuba por el imperialismo, que la CIA cambió una vez más de táctica. Renunció a los *teams* rápidos de infiltración, desactivó la estación JM Wave y comenzó a adiestrar en Miami a grupos contrarrevolucionarios que debían venir a Cuba, ya no en misiones relámpago, sino a infiltrarse con vistas a reclutar y entrenar gente en el país. Sabíamos que se preparaba el desembarco de Vicente Méndez por las costas de Oriente... Ese cambio precipitó mi salida. No teníamos dominio de la situación y se hacía imprescindible mi viaje a Miami.

—¿Cómo encontraste a tus "colegas" de viaje?

—Fue un trabajo muy bonito de los compañeros de la Seguridad. Escogimos a mi "amigo" José Antonio Ravelo Márquez, que tenía un tío muy interesante: Juan Bautista Márquez, agente de la CIA en Miami y capitán de buque madre. El otro fue Francisco Cayetano, un delincuente que me conocía del barrio, desde chiquito, y que sabía de mis andanzas en la contrarrevolución. Los dos querían irse del país. Yo puse el barco... El barco no, porque era un simple bote con un motor minúsculo. Se lo "robamos" a mi padre. Yo era aficionado al mar, me gustaba la pesca y algo sabía de navegación. La brújula la trajo Cayetano: era una brújula de juguete, de esas que vienen en un llavero...

Cuando llegamos a Miami en aquel barquito causamos sensación. Hubo entrevistas, fotos, ¡qué sé yo! Tú sabes cómo les sacaban el jugo a las salidas ilegales que



Local de Alpha 66, en pleno centro de Miami, en la calle 36 NW y la avenida 17.



En sus días de jefe de operaciones navales de Alpha 66, junto a Ramón Cala y Hugo Gascón (de izquierda a derecha), dos elementos de la organización.

ellos mismos alentaban y fraguaban.

—¿Cómo fue tu implantación en los Estados Unidos? ¿Estabas realmente preparado para enfrentar aquella situación?

—Fue relativamente fácil. Retomando una pregunta que me hiciste antes, fue fácil en la medida en que mi fachada era sólida y resistió bien, porque en cierta forma era real. Lo único secreto era que yo pertenecía a la Seguridad del Estado. Y no te rías, porque es así. Aparte de eso, todo lo demás era "verificable": mi labor en la contrarrevolución, mis amistades; había mucha gente en Miami que podía responder por mí. Los primeros interrogatorios fueron bastante peliagudos, pero todo salió a pedir de boca. Mi familia me reclamó y fui a vivir con una de mis hermanas, la que era más pobre aquí y seguía siéndolo allá; el sobrino me presentó al tío de la CIA y comencé a encontrarme con viejos conocidos, encantados de que yo hubiera podido "escapar" y reunirme con ellos.

Claro, en los primeros meses me di cuenta de que me "chequeaban". Incluso llegaron hasta hacer registros en casa de mi hermana para ver si detectaban algo. Los jefazos de la contrarrevolución vivían obsesionados con la idea de que "Castro les colara agentes del G2"... Y, efectivamente, en esa primera etapa, logré una penetración muy fuerte entre los grupos más activos. Me vinculé a la CIA por intermedio de Márquez, de Orozco Crespo —que yo había conocido muy bien en Cuba— y con otros elementos de la misma calaña. Todo eso me daba una gran tranquilidad, pues comprendía que iba a poder cumplir la misión que se me había confiado. Ya estaba entre el enemigo. Iba a conocer, por lo menos una parte, de cuanto tramaban contra Cuba.

Pero, ¿qué pasa? Que a comienzos de la década del 70, pocos meses después de mi llegada a Miami, la CIA procede a una reorganización —que supone cambio de estructuras— en el frente de la guerra contra Cuba. Desmantela aquellos grupos que yo había penetrado, y todos sus empeños van encaminados a activar a las organizaciones contrarrevolucionarias más fuertes para, con esa fachada, seguir operando contra Cuba. Si te pones a observar, verás cómo en aquel tiempo las operaciones de la CIA llevan el cuño de organizaciones contrarrevolucionarias. El desembarco de Vicente Méndez en Oriente es una operación CIA y, sin embargo, la reivindica Alpha 66; el ataque al poblado de Boca de Samá es una operación CIA, pero lo reivindica el grupo de Torriente; el secuestro de los 11 pescadores es una opera-

ción CIA que reivindica Alpha 66. Y así podría seguir dando ejemplos.

Pero, bueno, el caso es que muchos agentes de la CIA, conocidos míos, desaparecen. Márquez se retira de la "compañía" y se dedica al tráfico de drogas. Y así, muchos por el estilo.

—Al perder esos contactos con la CIA, ¿qué haces?

—Para mí fue sinceramente la etapa más dura. No tenía nada que informar y me desesperaba pensando que mis compañeros estaban esperando por mí... Tuve días en que verdaderamente me sentí muy mal.

—Y económicamente, ¿cómo te las arreglabas?

—Bueno, eso no fue tan fácil. Al principio fregué platos y barrí pisos. ¡Maldita la gracia que me hacía limpiarles el piso a los americanos! Después comencé a trabajar en la Richard's, una cadena de tiendas de Miami, como ayudante de camionero. Ahí ya pude independizarme de mi hermana, pues comprenderás que, dada mi situación, tenía la urgente necesidad de vivir solo. Más tarde, con mucho esfuerzo, me hice de un barco y me fui a pescar a las Bahamas. Eso también era importante, pues en aquella época muchos de los cayos de esa zona servían de base para operar contra Cuba. Y así me adentré en el mundo de los lancheros de las Bahamas. No todos eran inocentes pescadores, como te puedes imaginar.

Meses después recibí instrucciones de abandonar la pesca y buscarme un negocio que me permitiera vivir en Miami sin tener que ausentarme. Dado el nuevo rumbo de la política de la CIA, consistente, como te dije, en utilizar de fachada a las organizaciones contrarrevolucionarias, era imprescindible que yo permaneciera en la ciudad. Porque pescando me podía pasar un mes fuera y, mientras tanto, ¿cuántas cosas podía estar tramando el enemigo?

—¿Cómo entraste en la organización Alpha 66?

—Si tú supieras... Casi no me gustaría contestar esta pregunta, porque si te digo cómo fue vas a creer que pecho de inmodesto. Pero ya que quieres saberlo, ahí va: entré solito, sin la ayuda de nadie. Nadie me llevó ni me presentó.

—¿Cómo fue?

—Verás. Después de abandonar la pesca en las Bahamas, monté un pequeño negocio de fotografía en Miami, un "chinchalito" en realidad, pero que me permitía quedarme en Miami. Resulta que un día leo en la prensa que Andrés Nazario Sargent —máximo cabecilla de Alpha 66— convocaba a una manifestación en pleno centro de

Mi salida clandestina tenía que ser real. No les podía decir a los compañeros de Guardafronteras: "Por favor, no tiren, que soy un agente del G2 y me voy al Norte con estos dos contrarrevolucionarios para infiltrarme en la CIA"

la ciudad. A él le encantan esas cosas, adora la publicidad. Además, ¿de qué han vivido todos esos "líderes" de la contrarrevolución? De la propaganda, de las colectas para "liberar a Cuba"... Hay muchos que se han hecho millonarios esquilmando así a la gente, prometiéndoles todos los días "la operación final contra el régimen de Castro". Bueno, sigo contándote. El día de la manifestación cojo mi camarita y allá voy. Empiezo a tirar fotos, Nazario me ve, cree que soy de la prensa y posa para la posteridad... Al cabo de dos o tres

Country of Citizenship		Parolee Pursuant to Section of the I & N Act to	
CUBA		Indefinitely	
United States Address		Purpose	
1440 N.W. 21 Terr. Miami, Florida		Cuban Refugee	
Name and Flight No. of Vessel of Arrival		Passenger Issued at	
Bahamas Air 54		Nassau	
Number, Street, City, Province, State, and Country of Permanent Residence		(Part) (Date) (C)	
Month, Day and Year of Birth		MIA 10-24-74 DE	
12-24-41			
City, Province, State, and Country of Birth			
Havana CUBA			
Visa Issued at			
STATE		Month, Day and Year Visa Issued	
MEXICO			

días me aparezco en el local de Alpha 66 con un juego de fotos —una ampliación de una de Nazario, en colores, naturalmente—, y el tipo encantado de que yo se las regalara. "Ah, el periodista del otro día", me dice al verme llegar. Lo saco de su error, le digo que soy fotógrafo y que fui a la manifestación como un patriota más. Me invita a otra manifestación que tendría lugar a los pocos días, y nos ponemos a charlar. Quería saber quién era yo, por qué no me había conocido antes, etc., etc. Le hablo de mi amistad con Márquez, que conozco a fulano, a zutano y mengano, que también soy pescador, que tengo un barco —no olvides que la especialidad de Alpha 66 eran las operaciones navales—, que mi única aspiración es luchar contra el comunismo... Me le estaba regalando. Y él me "tasaba". Bueno, que fui a las siguientes

De regreso de Inagua, la CIA "arregló" la entrada de José Fernández Santos en los Estados Unidos como si éste lo hiciera por primera vez. El documento lleva la fecha de 24 de octubre de 1974.

En esa ocasión nos encomendaron quemar dos pesqueros cubanos. Nazario Sargent me informó el lugar exacto en donde se encontrarían los barcos. Estuvimos cinco días al acecho en la zona indicada

triunfo la gente supiera cuán grande había sido el sacrificio de esos hombres... Y yo tira que te tira fotos de todos los que se entrenaban en los Everglades, a vista y paciencia de las autoridades de la región. Recuerdo que un día, al volver de un entrenamiento, en zafarrancho de combate, un patrullero nos dijo que por favor nos alejáramos más de la carretera pues los disparos se oían demasiado.

Ahí me ayudó mucho saber tirar. Empecé a hacerle a Nazario

—Bastante, no creas, aunque ahora dé risa. Tenía que violentar mi verdadera personalidad y comportarme como ellos, es decir, hacerme el bravucón, el guapo, el alardoso, el que se quiere fajar a tiros si alguien lo mira atravesado. ¡De lo contrario habría resultado altamente sospechoso!

Y así fue como me convertí en el hombre de confianza de Nazario y, poco después, en jefe de operaciones navales de Alpha 66.

—¿Y cómo te las arreglabas para ser realmente jefe de operaciones navales? Sobre todo en una época en que la organización era muy activa...

—Claro, no era fácil, ya que mi tarea consistía, precisamente, en hacer fracasar las maniobras criminales del enemigo. Sí, era la época de los secuestros de los pescadores. A mí, por ejemplo, se me encomendó, en una ocasión, quemar dos pesqueros cubanos. Nazario me informó el lugar exacto en donde se encontrarían los barcos. En ese caso, el cerebro de la operación fue José Amparo Ortega, un agente de la CIA que trabajaba bajo las órdenes directas del agente principal de la CIA Angel Moisés Hernández Rojo. Yo era el capitán del barco. Estuvimos cinco días al acecho en la zona indicada, pero, por supuesto, los pesqueros cubanos no aparecieron...

En 1974 la CIA dio luz verde para perpetrar un atentado a Fidel. Mi misión consistía en infiltrar a los agentes de la CIA Luis Lobaina y Aristides Márquez, quienes ejecutarían el crimen. Se me entregó una lancha —se llamaba *Hope*— que estaba a nombre de José Amparo Ortega, y como material de guerra, traíamos fusiles AR-18, M-1 recortados, granadas, explosivos, pistolas calibre 32 con silenciador... Inútil decirte que aquí nos estaban esperando, pero en realidad nunca llegamos. Estando ya muy cerquita de las costas de Oriente, el barco sufrió una avería y tuvimos que retirarnos de la zo-



Durante su entrenamiento militar en los Everglades.

reuniones y me cansé de tirar fotos de todos los pejes gordos...

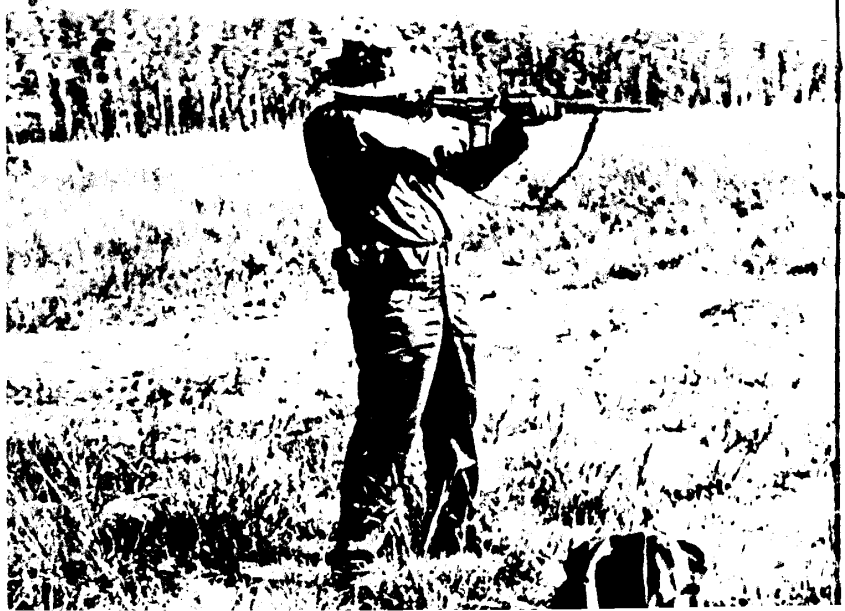
Me daba cuenta de que Nazario empezaba a considerarme un candidato ideal, sobre todo por el barco y mis conocimientos del mar y de las costas cubanas. Así hice mi entrada en Alpha 66. Como fotógrafo. Claro, Nazario hizo sus verificaciones. Pero yo ya era una gente conocida en el medio.

—Tú llegaste a ser jefe de operaciones navales de Alpha 66. ¿Cómo se produjo tu ascenso?

—Ahí también tuve suerte. Cuando conozco personalmente a Nazario, el jefe militar de Alpha 66 ha roto con la organización para irse con la gente de Orlando Bosch, por lo que la parte militar de la organización ha quedado bastante debilitada. Nazario se da entonces a la tarea de reclutar nuevos elementos para entrenarlos. Y de nuevo me les cuelo. Comienzo a ir con ellos a los entrenamientos, en calidad de fotógrafo. No fue muy difícil convencer a Nazario. Yo le decía que había que conservar todas aquellas imágenes para la posteridad, para que a la hora del

algunas demostraciones de tiro —no olvides que yo iba como fotógrafo y nada más— y eso me dio prestigio ante sus ojos. Me compré el uniforme, conseguí mi equipo y comencé a entrenarme como todo el mundo. Era un hombre más de Alpha 66.

—¿Te resultaba difícil?





na. Ya estaba clareando. Fuimos a dar a la isla de Gran Inagua en las Bahamas, en donde nos cogieron presos por "violar las aguas territoriales". Pero no la pasamos tan mal como pudieras imaginar. El cónsul norteamericano nos visitaba a menudo y, después de pagar la multa que se nos había impuesto, todo se arregló a las mil maravillas, por lo que regresamos a los Estados Unidos sin mayores contratiempos. En todo momento la CIA nos dio protección. Al fin y al cabo, Alpha 66 era sólo el brazo ejecutor de un atentado preparado por la "compañía", uno de los tantos...

—¿Tuviste conocimiento de otros?

— Si. Por Nazario supe del atentado que la CIA planeó para matar a Fidel durante la visita de éste a Chile. De haberse logrado, Nazario tenía instrucciones de reivindicar la acción...

Personalmente conocí los preparativos que se hicieron para matar a Fidel cuando éste visitara México. Y también participé en un entrenamiento, junto a otros elementos de Alpha 66, con vistas a llevar a cabo un atentado a Fidel cuando sesionara en el teatro Carlos Marx de La Habana el Primer Congreso del Partido Comunista.

Pero, vamos por parte. Las cosas sucedieron así: un año y medio después del juicio de Inagua, y estando en mi casa con Mario Bello, muy entrascados en los preparativos de una nueva operación, oímos por radio que "siete miembros de Alpha 66 habían sido detenidos en Inagua cuando se dirigían hacia Cuba en una expedición armada". Aquello nos pareció rarísimo, aún más cuando anunciaron los nombres de los siete detenidos: éramos nosotros, los que habíamos participado en aquella tentativa frustrada de

infiltrar a los agentes de la CIA en Cuba.

Es decir, "resucitaban" el caso de Inagua un año y medio después de ocurrido. ¿Por qué? Es de imaginar que ya se tenía alguna sospecha. Quizás la CIA había comenzado a analizar el fracaso de ciertas operaciones y comenzaba a tomar medidas. Me di cuenta de que los sospechosos éramos tres: Roberto del Castillo, Hugo Gascón



y yo, pues sólo a nosotros se nos arrestó pocos días después. Una detención digna de Hollywood, con un despliegue impresionante de policías, carros patrulleros, periodistas, camarógrafos... Un verdadero show.

En la primera vista del juicio me entero de que se me acusa de unos cincuenta cargos, más o menos, y que puedo ser condenado a 20 años de cárcel. Nazario tuvo que pagar

60 000 dólares de fianza. El juicio se iba a celebrar con un gran jurado, algo también inaudito, pero que me confirma que, efectivamente, el FBI está detrás de todo aquello. Me vuelven a arrestar, me someten a varios interrogatorios, me incomunican y después me ponen en libertad. Evidentemente, se oían algo, pero no tenían pruebas.

Recibo instrucciones de no esperar el juicio, de tratar de ganar tiempo y, sobre todo, de salir de territorio norteamericano, pero sin pelearme con Nazario. Y ahí viene lo del atentado a Fidel. Yo sabía, por el propio Nazario, que algo estaban preparando en México. Incluso me había dado el nombre y la dirección del delegado de Alpha 66 en México. Y decido ir para allá. Primero, porque lo de Fidel era prioritario, naturalmente, y segundo, para escapar al juicio. No podía correr el riesgo de que se me condenara a 20 años, a pesar de las garantías que nos había dado el abogado que atendía los asuntos de Alpha 66, en el sentido de que todo se arreglaría, como siempre...

—¿Y te le escapaste a Nazario?

—Sin problemas. Pero ahí entró también a jugar otro factor. Unos meses atrás un coronel de la DINA chilena había visitado Alpha 66 y no por pura cortesía... Se trataba de algo más serio: la creación de una organización continental, dirigida por la DINA, para "luchar con-

tra el terrorismo" —parece un chiste—, cualquiera sea el país... Esa organización se fundó, efectivamente, y aún existe: la Organización de Juventudes Latinoamericanas Anticomunistas. La DINA recibió todo el apoyo de la CIA, que veía con buenos ojos que los golpes contra Cuba y otros países no continuaran fraguándose exclusivamente en suelo norteamericano. Yo, personalmente, había entrado

en contacto con el coronel de la DINA Julio Solórzano, quien prácticamente ya me había reclutado, con la bendición de Nazario, siempre y cuando yo formara parte de la DINA en representación de Alpha 66. Con esas cartas en la mano llegué a México.

—Y allí, ¿qué hiciste? ¿Cuál fue la reacción de Nazario?

—Allí tenía que ganar tiempo. Me puse en contacto con el delegado de Alpha 66, llamé a Solórzano a Chile y me mantenía en comunicación con Castillo, otro de los inculcados, para darme una idea de lo que sucedía en Miami. Ya faltaba poco para el juicio, y Castillo me reprochaba amargamente mi "cobardía". Nazario ignoraba que yo me había ido. Todo se precipitaba y había que actuar con rapidez. Y con cautela, pues todo daba a entender que el cerco se iba cerrando.

—¿Pero tenían pruebas tangibles?

—No, evidentemente no, pero sí fuertes sospechas. Por Castillo me entero, estando todavía en México, de que Hoffa, un oficial del FBI que siempre nos sacaba de apuros, había dicho: "Olvidense de Santos: es del G2". Pero yo tenía mis defensores. Mucha gente me apoyaba y defendía. Y acusaban a la CIA y a parte de la emigración de haber montado todo ese show "para congraciarse con Castro". Se libraba entonces una guerra sorda y muchas veces sangrienta entre los partidarios del diálogo con Cuba y los recalcitrantes que se sentían "traicionados" por el gobierno de los EE. UU. Y eso me ayudaba. Incluso un tipo como Masferrer publicó en su periodiquito un artículo en defensa mía, con un gran titular que decía: "Santos, ¿capitán del Alpha o capitán del G2?" ¿Te das cuenta de hasta qué punto mi fachada era sólida?

Prestan testimonio agentes y oficiales de los organismos de Seguridad del Estado de Cuba que cumplieron misiones en defensa de la Revolución Cubana dentro de la CIA o en organizaciones contrarrevolucionarias que ésta utiliza



Denuncian representantes de varios países en el Tribunal Internacional "La juventud acusa al imperialismo" las agresiones imperialistas contra los pueblos del mundo

—Sin embargo estabas bastante acorralado...

—Pero no del todo. Entonces recibí instrucciones de salir de México y dirigirme a El Salvador, donde debía hacer contacto con la DINA a través de la embajada chilena. Tu pensarás que aquello era una locura, pero todavía no había realmente pruebas contra mí. Todo ese show del juicio con un gran jurado por algo que había ocurrido hacía ya casi dos años, podía ser una medida para ver cuál era mi reacción o la reacción de Cuba. En fin, llegué a El Salvador, pero era evidente que la DINA ya sabía algo. Primero, el embajador me recibió muy cordialmente y hasta habló por teléfono con Julio Solórzano, quien me aseguró que ya todo estaba en camino de solucionarse para mi viaje a Chile. Pero a los pocos días la cosa cambió. Em-

pezaron a darme largas, el embajador nunca estaba. Solórzano no me salía al teléfono, nadie me recibía... La frialdad era total. Pienso hoy que si la DINA tampoco tenía pruebas, ante la duda prefirió no arriesgarse conmigo. Y se eclipsó.

—¿Cómo fue tu regreso a Cuba?

—Te aseguro que muy distinto de lo que generalmente se ve en las películas, el bueno fajándose con el malo y abriéndose camino a punta de pistola para escapar... Nada de eso. Ya en El Salvador comprendimos que debía, ¡en fin!, regresar a Cuba. Y regresé. Cogí un avión y llegué al aeropuerto José Martí. Fue sencillamente así. Claro, para mí no era tan sencillo en el orden personal. Sentía entonces la alegría inmensa de volver a mi tierra, de abrazar a mis compañeros, de ver a mi padre, a mi hijo, ya hecho un hombre... Pero

Suplemento del periódico "Granma", órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, en el que se recogen los testimonios de varios agentes de la Seguridad cubana infiltrados en las filas enemigas. (Edición del 13 de agosto de 1978).

A la izquierda: José Fernández Santos prestó declaración ante el tribunal "La juventud acusa al imperialismo", que sesionó en La Habana, en el marco del XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes.



San dentro los vicinos de la CIA son los grupos subterráneos que operan en el exterior.

San dentro los vicinos de la CIA son los grupos subterráneos que operan en el exterior. Este texto forma parte de un artículo más extenso que describe la actividad de estos grupos y su relación con la CIA y la DINA.

me quedaba la tristeza de no poder continuar mi trabajo allá, en ese cuerpo a cuerpo con el enemigo...

—¿Te resultó difícil tu reincorporación a la vida, digamos, "normal"?

—Un poquito, para qué lo voy a negar... ¡No estaba acostumbrado a tanta tranquilidad!

—¿En algún momento cediste a la tentación de sentirte un tipo excepcional, de pensar que estabas haciendo algo extraordinario?

—No, nunca. Claro, tú dirás: "¿y qué otra cosa me va a contestar?" Pero es que hay que verlo de otra manera. Mira, cuando me metí en la contrarrevolución interna pensé que sería por muy poco tiempo. Y fueron unos cuantos años... Cuando me fui a los EE. UU., pensaba que sería por un año, o dos como máximo. Jamás imaginé que duraría tanto tiempo allá. En total fueron 17 años de mi vida, pero es ahora cuando me doy cuenta de eso, al mirar hacia atrás. Porque sobre la marcha tú no ves pasar los días y los meses y los años. Sabes que estás cumpliendo la misión que la Revolución te ha confiado, que tienes que cumplirla cueste lo que cueste. Pero es que no vemos este trabajo como algo especial o extraordinario. Es como cortar caña, alfabetizar en Nicaragua, trabajar en una fábrica o ser internacionalista en Angola. Cada trabajo tiene su razón de ser y todos tienen el mismo valor. No es modestia de mi parte, te lo aseguro, pero hablando con compañeros míos que han realizado misiones similares me doy cuenta de que todos piensan así. Ni superhombres ni superhéroes: el éxito de nuestro trabajo es el éxito de un organismo, el de la Seguridad del Estado. No hay hazañas individuales, pero sí trabajo de equipo. Eso es lo que hay que entender.

Medalla XX Aniversario de la Seguridad del Estado, que José Fernández Santos recibió, junto a otros fundadores del organismo, en 1979. Este año se le hizo entrega de la medalla Eliseo Reyes, al cumplirse 25 años de la creación de los Organos de la Seguridad.



Y hay otra cosa que infunde coraje y da ánimos para pelear. Es cuando uno aquilata los "valores morales" del enemigo. Hay que haber vivido entre los lobos para comprender hasta dónde llega la podredumbre de esa gente. Recuerdo que en una ocasión Nazario preparaba la infiltración de un agente en Cuba que tenía que alzarse en las montañas. Era una locura. Y se lo dije a Nazario: "Ese tipo no dura allá ni dos días". ¿Y sabes lo que contestó? "No importa; si lo matan, tenemos un mártir más y eso siempre es rentable. Y si triunfa, nos repartimos el mazo". ¿Te das cuenta?

Mira, cuando se preparaba el atentado a Fidel que debía ejecutarse durante la celebración del Primer Congreso del Partido, yo recibí entrenamiento. Hasta hicimos pruebas con los cohetes que dispararíamos contra el edificio del Carlos Marx. Sin embargo, yo me daba cuenta de que si efectivamente ese atentado se hubiera llevado a cabo, nosotros, los de Alpha 66, no hubiéramos tenido escapatoria. Sencillamente pensaban sacrificarnos. Nazario mandó a muchos a una muerte segura. Y lo hacía alegremente. Lo único que contaba para él era el dinero. Lo único. En fin, te podría dar tantos ejemplos de esto que estamos hablando como para escribir un libro...

Ese libro se escribió. Hace un tiempo se publicó en Cuba la novela *Aquí las arenas son más limpias*, de Luis Adrián Betancourt, inspirada en la vida de José Fernández Santos, este hombre sencillo, afable y risueño que cree sinceramente que no hizo nada extraordinario, que sólo trató de cumplir, lo mejor que pudo, con la parte que le tocó en esta guerra despiadada que libra el imperialismo contra un pequeño país que un 1º de enero rompió para siempre las ataduras que lo habían sumido en la miseria y la incultura.

En 1978, cuando se celebró en La Habana el XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, José Fernández Santos, junto a otros oficiales de la Seguridad del Estado que estuvieron infiltrados en la CIA, prestó declaración, en calidad de testigo, ante el Tribunal Internacional "La juventud acusa al imperialismo".

Cientos de periodistas extranjeros que nos visitaban pudieron así conocer, de boca de los protagonistas, la verdad sobre la guerra encubierta —y no tan encubierta— de los Estados Unidos contra Cuba. Las revelaciones fueron sensacionales. Las pruebas, abrumadoras.

Fundador del Partido Comunista de Cuba, galardonado con varias órdenes y medallas, José Fernández Santos es, a pesar de su historia, un combatiente más que sólo piensa en que todavía no está demasiado viejo como para retirar-

Para aquel atentado a Fidel nos entrenamos en los Everglades. De haberse llevado a cabo, nosotros, los de Alpha 66, no hubiéramos tenido escapatoria. Sencillamente pensaban sacrificarnos

25 AÑOS DE LUCHA FRONTAL

EL 2 DE FEBRERO DE 1959, UN MES DESPUES DEL triunfo revolucionario, llegó a Cuba la primera avioneta pirata, conducida por un ciudadano norteamericano, con el objetivo de perpetrar un atentado. Desde 1959 hasta la fecha, la lista de los crímenes organizados por la Agencia Central de Inteligencia contra el pueblo cubano es increíblemente larga. La explosión del mercanté *La Coubre* con su terrible saldo de muertos y heridos, la invasión mercenaria por Playa Girón, la Crisis de Octubre, la implantación en las montañas del Escambray de numerosas bandas contrarrevolucionarias entrenadas y financiadas por la CIA, son apenas algunos episodios de la guerra no declarada de EE.UU. al primer Estado socialista de América. Sólo entre 1959 y 1963 suman 232 los actos terroristas registrados. En 1961, cuatro tentativas de asesinar a Fidel fracasaron. Y no por culpa de la CIA, precisamente.

Hasta 1969 funcionó en Miami un centro de la CIA cuyo nombre en clave era JM Wave. Su misión: el terrorismo y la subversión en Cuba. Esa superestación alcanzó tal magnitud que Richard Cline, quien fuera subdirector de la CIA, expresó en una ocasión: "Era una verdadera anomalía". Su presupuesto anual: 500 millones de dólares.

Hace algunos años, el Senado norteamericano hizo públicas las conclusiones de la Comisión Church, encargada de investigar los planes fraguados por la CIA para asesinar a Fidel: desde la aguja hipodérmica conteniendo veneno hasta el traje de buzo contaminado, pasando por el fusil con mirilla telescópica y la bazuca, toda la panoplia del crimen perfecto está allí. Y si los resultados del trabajo de dicha comisión distan mucho de ser concluyentes, bastan sin embargo para ilustrar la magnitud de los actos de barbarie planeados por el imperialismo, que no olvidó, como se sabe ya, echar mano a los más sofisticados e inhumanos métodos de la guerra bacteriológica.

¿Cómo ha podido Cuba salir victoriosa en un combate tan desigual? La respuesta es obvia: por la actitud intransigente de un pueblo indoblegable.

Y como parte indisoluble de ese pueblo se hallan los combatientes de los Organos de la Seguridad del Estado, cuya labor heroica y abnegada permitió desarticular uno a uno los planes del imperio. Héroes de carne y hueso que libraron un silencioso y peculiar combate —no pocas veces infiltrados en las filas enemigas— y en el que muchos perdieron la vida, sin que el pueblo pudiera saber que el que allí moría no era un mercenario más, sino un revolucionario. "No se pueden encontrar ejemplos de mayor abnegación. Es difícil encontrar méritos tan relevantes", ha dicho Fidel.

se, y que sueña con que se le asigne una misión internacionalista.

—Sinceramente, ¿no crees que ya has hecho bastante?

—No, qué va. El otro día un viejo compañero me decía: "Chino, si tú supieras el gusto que últimamente le estoy cogiendo a las pantuflas y al televisor..." Pero yo todavía no les he cogido ese gusto... □